



**TERRITORIO E HISTORIA
EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD LOCAL**

Denny Yulimar Fernández Hernández

TERRITORIO E HISTORIA EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD LOCAL

Territorio e historia en la formación de la identidad local

Denny Yulimar Fernández Hernández

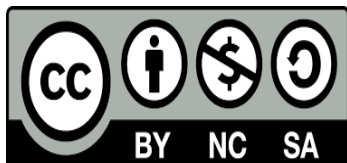
Colección: **Educación y Pensamiento**

Latinoamericano

Primera Edición, Mayo, 2026

Depósito Legal: **AR2026000154**

ISBN: **978-980-456-102-3**



Se permite copiar, distribuir, comunicar públicamente y adaptar esta obra, siempre que se reconozca adecuadamente la autoría, no se haga con fines comerciales y las obras derivadas se compartan con la misma licencia.



Para citar esta obra: Fernández, D. (2026). *Territorio e historia en la formación de la identidad local*. Colección: Educación y Pensamiento Latinoamericano. Primera Edición. FEREDIT.

Libros@Red de Investigadores de la Transcomplejidad.

<https://reditve.com>

Rif: J403566976

Portada: Denny Yulimar Fernández Hernández

Revisión General: Comité Editorial

Libro arbitrado por pares ciegos



**AUTORIDADES
REDIT**

**Dra. Crisálida
Villegas**

Presidente

Dra. Nancy Schavino

Vicepresidente

Dra. Mary Stella

Directora de

Administración

Dra. Alicia Uzcátegui

Secretaria



FEREDIT

Dra. Sandra Salazar

Directora

Comité Editorial

Dra. Betty Ruiz

Dra. Rosana Silva

Dra. Evelyn Ereú

Dra. Miozotis Silva

Dr. Arturo Dávila

Dr. Renné Pérez

ÍNDICE DE CONTENIDO

| | | pp. |
|------------|--|------------------|
| | Presentación | <u>5</u> |
| I | TERRITORIO Y HECHOS HISTÓRICOS | <u>12</u> |
| | Territorio y pertinencia | <u>14</u> |
| | Hechos históricos y valor de lo propio. | <u>19</u> |
| | Valor de las raíces históricas en la construcción del futuro | <u>23</u> |
| II | IDENTIDAD LOCAL | <u>28</u> |
| | Historia e identidad local | <u>30</u> |
| | Historia regional | <u>35</u> |
| | Identidad local | <u>41</u> |
| III | FORMACIÓN PARA LA IDENTIDAD LOCAL | <u>46</u> |
| | Territorio como espacio vivido | <u>47</u> |
| | Ideario robinsoniano | <u>54</u> |
| | El docente como mediador de la identidad | <u>62</u> |
| | Referencias | <u>70</u> |

PRESENTACIÓN

La obra **Territorio e historia en la formación de la identidad local** surge en un momento crucial de la contemporaneidad, en un mundo que camina hacia la homogeneización cultural, donde las fronteras de lo real parecen disolverse en la virtualidad de las redes y los discursos globales.

Asimismo, volver la mirada al suelo que se pisa no es un acto de nostalgia romántica; es un ejercicio de resistencia, de soberanía y, sobre todo, de dignidad humana. Este texto es un viaje que trasciende la geografía descriptiva y la cronología oficial de los textos escolares.

Aquí, el territorio no es comprendido como una simple extensión de tierra o un límite administrativo trazado en un mapa burocrático. Se presenta como un espacio vivido: un organismo dinámico que respira a través de sus habitantes guarda memorias en los cauces de sus ríos y ha sido moldeado por los sueños, las luchas y la cotidianidad de quienes lo caminan.

Esta perspectiva geohistórica permite entender que el ser humano no es un ente aislado, sino una presencia que cobra sentido al reconocerse como la continuación de un relato colectivo inscrito en su paisaje

Por lo tanto, se propone una educación que no desarraigue para el éxito individualista, sino que siembre para el bienestar común; una pedagogía que convierta la microhistoria, el dato local y la tradición oral en herramientas de empoderamiento ciudadano.

Por consiguiente, se aborda la figura del profesor universitario como un mediador indispensable entre la academia y la vida, un catalizador que ayuda a la comunidad a descubrir su grandeza oculta a través del diálogo de saberes que guarda memorias en los cauces de sus ríos y que ha sido moldeado, golpe a golpe, por los sueños, las luchas y la cotidianidad de quienes lo caminan.

Esta perspectiva geohistórica es la que permite entender que el ser humano no es un ente aislado,

sino una presencia que cobra sentido en la medida en que se reconoce como la continuación de un relato colectivo inscrito en su paisaje.

A lo largo de estas páginas, se despliega una premisa fundamental que atraviesa cada capítulo: la identidad no se hereda de forma pasiva ni se decreta por ley; se cultiva en la praxis diaria y ese cultivo requiere de una formación pedagógica. Del mismo modo, que rescate lo propio del olvido al que ha sido condenado por modelos educativos ajenos a la propia idiosincrasia.

Inspirado en la profundidad del ideario de Simón Rodríguez, el libro reivindica la necesidad imperiosa de "formar para el lugar". Se propone una educación que siembre para el bienestar común; una pedagogía que convierta la microhistoria, el dato local y la tradición oral en potentes herramientas de empoderamiento ciudadano.

Por consiguiente, aborda con especial lucidez la figura del docente universitario, que en estas páginas se despoja de la túnica del instructor que

impone verdades universales y distantes, para asumir el rol de mediador, de puente indispensable entre la academia y la vida. Es un catalizador que ayuda a la comunidad a descubrir su propia grandeza oculta.

A través del diálogo de saberes, la obra propone una metodología donde la ciencia universitaria se abraza con el saber popular del campesino, del cultor y del cronista espontáneo. Reconoce en cada hecho histórico local, por pequeño que parezca, una base sólida sobre la cual edificar la estructura del futuro.

No es solo un aporte técnico al campo de la educación o la sociología regional, es un manifiesto a favor del arraigo. Es una invitación a reconocer que en el conocimiento profundo de la historia local reside la fuerza necesaria para transformar la realidad nacional.

Al comenzar la lectura de cada capítulo, el lector no encontrará un manual de datos muertos, sino una hoja de ruta viva para recuperar el sentido

de pertenencia y para comprender que, en última instancia, el territorio es la geografía de la libertad.

Esperamos, que estas líneas sirvan de inspiración para educadores que buscan transformar sus aulas, investigadores que desean situar su ciencia y ciudadanos que creen, como la autora, que para inventar nuestro destino debemos primero aprender a leer las huellas del pasado en el polvo del suelo que nos sostiene. Bienvenidos a esta cartografía de lo propio.

El libro se ha estructurado en tres capítulos. El primero, **Territorio e Historia**, que se compone de territorio y pertinencia, hechos históricos y valor de lo propio y las raíces históricas en la construcción del futuro.

Por su parte, en el segundo, **Identidad Local**, se refiere a la historia y la identidad local, historia regional e identidad local. Por último, el tercero, **Formación para la Identidad Local** en este, se trata del territorio como espacio vivido y fundamentos pedagógicos.

Con esta obra, se destaca la necesidad de conectar la historia con la cotidianidad, transformando los hechos del pasado en elementos vivos que dignifican el sentido de pertenencia y arraigo en la comunidad, por lo que la invitación es a resaltar que la historia regional y local, como una herramienta fundamental para fortalecer la identidad, transformando el aprendizaje en una experiencia vivencial y significativa.

El propósito fundamental es erigirse como un instrumento de emancipación pedagógica y social, diseñado para transformar la relación dialéctica entre el sujeto y su entorno. En un contexto donde la educación a menudo se desvincula de las raíces para atender exigencias globales.

La finalidad última de estas páginas es devolverle al ciudadano su derecho a conocer, sentir y transformar el suelo donde se desarrolla su existencia. Un ciudadano que comprende que su territorio es un "espacio vivido" y cargado de historia,

desarrolla un compromiso natural con su defensa y desarrollo

I.TERRITORIO Y HECHOS HISTÓRICOS

El presente capítulo tiene como propósito fundamental desentrañar la relación simbiótica entre el espacio geográfico y el devenir histórico, partiendo de la premisa de que el territorio no es un escenario pasivo, sino un agente determinante en la configuración de las sociedades.

Lejos de ser una mera descripción cartográfica, este apartado busca analizar cómo las características físicas del entorno, el relieve, recursos y clima han condicionado las decisiones políticas, los conflictos sociales y las transformaciones culturales a lo largo del tiempos.

Así como examinar la relación intrínseca entre la configuración geográfica y la identidad social, proponiendo que el territorio no es un escenario inerte, sino un actor dinámico que moldea y es moldeado por la acción humana.

A través de un análisis reflexivo, se busca demostrar cómo la comprensión del entorno físico y el reconocimiento de los hitos pretéritos constituyen

la base fundamental sobre la cual se edifica el sentido de pertenencia y la proyección hacia el porvenir.

Además, para alcanzar este objetivo, el capítulo se estructura bajo una lógica de progresión que vincula el espacio, el evento y la visión de futuro: **territorio y pertinencia**: Este eje se enfoca en la dimensión emocional y política del espacio.

En otras palabras, se argumenta que el territorio trasciende la cartografía para convertirse en "lugar". Es decir, un espacio cargado de afectos y significados donde el individuo se reconoce como parte de una colectividad. La pertinencia es aquí el vínculo que transforma la ocupación física en compromiso social.

El apartado, **hechos históricos y valor de lo propio**, analiza cómo la memoria colectiva otorga valor a la realidad actual. Al estudiar los sucesos que marcaron el pasado, se rescata la "singularidad" de la comunidad.

Por consiguiente, no se trata solo de conocer fechas, sino de validar los procesos de resistencia, adaptación y creación que otorgan un carácter único a lo que hoy llamamos lo propio. Por su parte, **raíces históricas en la construcción del futuro**, vincula la retrospectiva con la prospectiva. Se establece que la historia no es una mirada hacia atrás por nostalgia, sino una herramienta de soberanía cognitiva. Al reconocer las raíces, la sociedad adquiere la solidez necesaria para diseñar un futuro que sea auténtico y no una imitación de modelos ajenos.

Territorio y pertinencia

La comprensión de la identidad local se fundamenta en la simbiosis entre el territorio, entendido como espacio socialmente construido y la pertinencia, definida como el vínculo ético-cognitivo que une al sujeto con su realidad histórica. Como señala Santos (2000), el territorio no es solo un conjunto de formas naturales, sino el resultado de procesos sociales que le otorgan vida y sentido.

La pertinencia, en su acepción más amplia, se refiere a la adecuación y oportunidad de una acción en un contexto determinado. Sin embargo, cuando se vincula al territorio, deja de ser una categoría técnica para convertirse en una categoría ética y pedagógica.

La pertinencia territorial es la capacidad de un proceso educativo, social o investigativo de reconocer las potencialidades y limitaciones de su entorno para generar respuestas coherentes con la realidad sentida de la comunidad.

No se puede hablar de pertinencia si los contenidos de formación están desarraigados de la geografía y la historia inmediata. Una formación pertinente es aquella que permite al sujeto reconocerse en su paisaje, valorar su memoria colectiva y proponer soluciones a los problemas de su localidad desde un conocimiento situado.

El territorio trasciende la noción de superficie terrestre; para Santos (2000) es el lugar donde se encuentran "objetos y acciones", pues no existe un

territorio sin el uso que la sociedad le da. En este sentido, la geohistoria, impulsada en el contexto latinoamericano por autores como Tovar (1986) propone que el espacio es el reflejo de la historia acumulada.

El autor, argumenta que el espacio no es pasivo, sino una estructura social que se organiza de acuerdo con las necesidades de los grupos humanos a través del tiempo. Desde esta perspectiva, el territorio es un palimpsesto, un pergamino donde los hechos históricos han escrito y reescrito significados. La identidad local emerge cuando el individuo es capaz de "leer" ese paisaje y reconocer en éste las luchas, los modos de producción y las transformaciones culturales de sus antepasados.

La pertinencia, por su parte, encuentra un sustento fundamental en la pedagogía crítica de Freire (1970). Para este autor, el conocimiento solo es auténtico cuando es pertinente; es decir, cuando nace de la lectura del mundo que rodea al sujeto. Sostiene que la educación debe ser un acto de

"concientización" donde el estudiante no solo memoriza datos abstractos, sino que comprende su situación dentro de un contexto histórico y geográfico determinado.

En esta misma línea, el pensamiento robinsoniano de Simón Rodríguez enfatiza la necesidad de una educación arraigada. Para Rodríguez (1828/2001,p.80) la pertinencia se resume en la utilidad social del saber: "Instruir... es formar". Una formación es pertinente cuando permite al individuo transformar su propio suelo, convirtiéndose en un actor de su historia y no en un simple espectador de modelos extranjeros.

Es decir, la unión de territorio y pertinencia se manifiesta en lo que la antropología contemporánea denomina sentido de pertenencia. Autores como Giménez (2005) plantean que la identidad está indisolublemente ligada al territorio, ya que este funciona como un "marco de memoria". El territorio provee los símbolos (un río, una montaña, un edificio

histórico) que permiten que la comunidad se identifique como un "nosotros".

En definitiva, el territorio provee la base material y simbólica, mientras que la pertinencia aporta la dirección y el compromiso. Sustentar la formación local en estos pilares, apoyados en la geohistoria de Tovar (2006), la geografía crítica de Santos (2000) y la pedagogía emancipadora de Freire (1970) y Rodríguez (2001), permite superar la visión fragmentada de la historia.

La importancia de este vínculo radica en que la educación solo es verdaderamente pertinente cuando es capaz de dialogar con el paisaje, la historia y las necesidades reales del entorno. Como señala la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL, 2016) la investigación en el postgrado debe responder a la solución de problemas situados.

Por lo tanto, la ciencia más avanzada es aquella que logra ser pertinente para el desarrollo y la dignidad del territorio que la sustenta. Educar con

pertinencia territorial es sembrar conciencia, validar el saber popular y reconocer que el destino de una nación se construye desde la fortaleza de sus localidades.

Hechos históricos y valor de lo propio

La historia de una nación suele escribirse desde los grandes centros de poder, priorizando batallas épicas y figuras heroicas que parecen inalcanzables. Sin embargo, la verdadera esencia de la identidad reside en la microhistoria: aquellos hechos históricos locales que, aunque a menudo ignorados por los textos oficiales, constituyen la columna vertebral de la comunidad.

El valor de lo propio nace, precisamente, del reconocimiento de estos sucesos como hitos fundacionales de la cotidianidad. La historia suele ser percibida como una narración de eventos distantes, custodiada por los muros de las academias y protagonizada por figuras de mármol.

No obstante, esta visión descontextualizada ignora que la verdadera savia de una sociedad fluye

del relato de lo cotidiano, lo regional y lo comunitario. La comprensión de los hechos históricos locales actúa como el catalizador fundamental para el valor de lo propio, transformando el conocimiento del pasado en una herramienta de reafirmación identitaria y soberanía social.

Para que un suceso del pasado trascienda la mera cronología y se convierta en un "hecho histórico", debe poseer una carga de significado que altere o defina el rumbo de una comunidad. Desde la perspectiva de la geohistoria, el hecho histórico no ocurre sobre el territorio, sino que surge de éste.

En la investigación-acción, el reconocimiento de estos hitos permite a los ciudadanos dejar de ser espectadores de una historia nacional ajena para convertirse en narradores de su propia realidad. Por consiguiente, cuando una comunidad identifica sus hitos desde la fundación de su primera escuela hasta las luchas por la tenencia de la tierra o el surgimiento de una tradición artesanal el espacio geográfico se

sacraliza y el territorio se transforma en un espacio de memoria.

Esta memoria no es nostálgica, sino activa; es un recordatorio de la capacidad de agencia que han tenido los habitantes a lo largo del tiempo. En el contexto actual de globalización, donde los patrones culturales tienden a la homogeneización, el valor de lo propio surge como un acto de resistencia necesaria.

Sin embargo, valorar lo propio implica reconocer que los saberes, las técnicas, los relatos y las formas de organización locales poseen una validez igual o superior a los modelos importados. Para Rodríguez (ob cit) el valor de lo propio se fundamenta en la máxima "o inventamos o erramos". La invención no es crear de la nada, sino crear desde lo que somos.

Para ello, es imperativo que el sistema educativo y las instituciones sociales reconozcan el hecho histórico local como la base de la pertinencia cognitiva. Un ciudadano que conoce la historia de su

entorno desarrolla una autoestima social que lo protege contra el desarraigo y la alienación. Esta conexión genera lo que se denomina arraigo, la certeza ética de que el bienestar personal está indisolublemente ligado al bienestar del territorio.

El primer nivel de "lo propio" es el reconocimiento del mérito histórico de la comunidad. A menudo, las localidades periféricas sufren de un complejo de inferioridad cultural que debe ser superado mediante:

1.La dignificación del origen. Entender que la cultura local (lenguaje, gastronomía, técnicas de siembra) no es un "folclore" pintoresco, sino un sistema de conocimientos acumulado por siglos.

2.Identidad frente a la globalización. Lo propio es la última trinchera de la diversidad que nos hace únicos en un mundo de copias.

3.Soberanía cognitiva. Es el derecho de un pueblo a producir su propio conocimiento, validando el saber popular al mismo nivel que el saber académico.

Los hechos históricos son los cimientos de la identidad, pero es el valor de lo propio lo que le otorga habitabilidad y propósito. Una formación que ignore la historia local está condenada a producir sujetos extranjeros en su propia tierra. Por el contrario, una educación y una gestión pública que exalten lo local estarán sembrando las bases de una ciudadanía consciente, orgullosa de su origen y plenamente capacitada para diseñar un porvenir con sello de autenticidad.

Valor de las raíces históricas en la construcción del futuro

La contemporaneidad, impulsada por un ritmo tecnológico vertiginoso, suele proyectar el futuro como una entidad desvinculada de la tradición. No obstante, la construcción de un porvenir sólido no puede realizarse desde el vacío.

Las raíces históricas constituyen el sustrato ético, político y cultural que permite a las sociedades evolucionar con sentido y cohesión. En este sentido, la memoria histórica no es una mirada nostálgica al

ayer, sino una herramienta estratégica para evitar la repetición de errores y dotar de identidad a los proyectos del mañana.

No obstante, el futuro no es un lienzo en blanco donde la tecnología dicta las reglas en solitario; es una estructura que se levanta sobre los cimientos del pasado. No obstante, las raíces históricas no actúan como anclas que frenan el avance, sino como el sistema radicular que nutre y estabiliza la identidad de una civilización. Sin memoria, las sociedades carecen de un punto de referencia, volviéndose vulnerables a repetir ciclos de crisis al perder la capacidad de aprender de las experiencias de sus antecesores.

Desde la perspectiva de la filosofía política, Burke (1790/2003) sostenía que la sociedad es un contrato eterno entre los que han muerto, los que viven y los que están por nacer. Bajo esta premisa, la construcción del futuro no es una ruptura, sino una evolución orgánica donde cada avance debe ser una conversación con la herencia recibida.

Esta interconectividad temporal implica que la innovación no debe destruir la esencia de un pueblo, sino perfeccionarla. As mismo, la historia funciona como un laboratorio de la experiencia humana, concepto que se remonta a la historia magistra vitae de cicerón.

Por otra parte, ignorar el pasado al proyectar el mañana es renunciar a la ventaja intelectual de conocer las consecuencias de las decisiones humanas. Santayana (1905) señaló aquellos que no pueden recordar el pasado están condenados a repetirlo. Por tanto, la raíz histórica dota al futuro de una capa de prudencia política y social, permitiendo que el desarrollo sea una progresión consciente y no un ciclo de errores recurrentes.

En el contexto de la sociología contemporánea, Bauman (2000) describió la "modernidad líquida" como un entorno caracterizado por la fragilidad de los vínculos y la volatilidad del cambio. En este escenario, las raíces históricas actúan como el único anclaje sólido frente a la desorientación.

Por añadidura, la historia proporciona el capital simbólico necesario para la cohesión social y ofrece un "hilo de Ariadna" que conecta al individuo con su comunidad. Para construir un mañana equitativo, es preciso entender los procesos de lucha y las aspiraciones de quienes nos precedieron.

Como argumentaba Benjamín (1942/2008) el pasado lleva consigo un "índice secreto" que lo remite a la redención. Es decir, el futuro tiene el compromiso moral de recoger y materializar las esperanzas y luchas inconclusas de las generaciones anteriores.

La construcción del futuro no es un acto de creación ex nihilo, sino una labor de orfebrería sobre la herencia recibida. Las raíces históricas otorgan la profundidad necesaria para que el edificio del mañana tenga estabilidad. Para que el futuro sea habitable y humano, debe ser el resultado de una síntesis dialéctica, el ímpetu de lo nuevo apoyado en la sabiduría de lo viejo. Solo una sociedad que

TERRITORIO E HISTORIA EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD LOCAL

reconoce sus raíces es capaz de proyectar ramas que alcancen el cielo sin perder su equilibrio.

II. IDENTIDAD LOCAL

El propósito fundamental de este capítulo es analizar la génesis y consolidación de la identidad local como un fenómeno derivado de la conciencia histórica. Se busca demostrar que la identidad no es un rasgo fortuito, sino el resultado de una interpretación colectiva de los sucesos, tradiciones y luchas que han tenido lugar en un espacio determinado.

A través de este análisis, el capítulo pretende rescatar la importancia de la "historia desde abajo", aquella que otorga voz a las particularidades de la comunidad frente a los grandes relatos nacionales. Por lo que su estructura sigue una lógica deductiva que va desde el conocimiento del pasado hasta la cristalización del sentimiento de pertenencia

Historia e identidad local. Este apartado funciona como el marco teórico y conceptual. Su objetivo es establecer la relación causal entre el recuerdo y el ser. Se argumenta que la identidad es el espejo de la historia; sin el conocimiento de los

procesos que precedieron, la identidad carece de sustento y se vuelve vulnerable a influencias externas. No obstante, es el "porqué" de la forma de ser actual.

En el aparte, **Historia regional**, el análisis se desplaza hacia la escala geográfica y política intermedia. El propósito de este subtema es contextualizar a la localidad dentro de una región más amplia, reconociendo que los flujos económicos, las rutas comerciales y los movimientos sociales regionales.

Por consiguiente, se han moldeado el carácter del entorno cercano. La historia regional aporta el contexto necesario para entender que la identidad local no es aislada, sino que dialoga con un entorno geográfico y cultural mayor.

Por último, el segmento de la **identidad local** es el punto de llegada y la síntesis del capítulo. Tras haber analizado la historia y su contexto regional, este acápite se encarga de definir los rasgos

distintivos que hacen única a la comunidad: sus símbolos, habla, costumbres y memoria sensible.

Sin embargo, el objetivo es validar la identidad local como una herramienta de cohesión social y resistencia cultural, esencial para la dignidad y el desarrollo autónomo de cualquier grupo humano.

Historia e identidad local

La historia es una palabra especial porque a diferencia de otras supone varias ideas cada vez que se la nombra. Para el Diccionario de la Real Academia Española (2002,p.89) remite a los acontecimientos vividos por los grupos humanos en el tiempo y, en este sentido, abarca un sinnúmero de sucesos de la vida, desde el pasado más remoto hasta nuestro tiempo actual”.

Vista así, la historia es el pasado, presente y futuro posible de la actividad humana, un fenómeno ilimitado del ser social; la historia que constituye el día a día de la gente en su lenguaje y en su actuar. En este sentido es el conjunto de huellas cotidianas

que deja el hombre en su paso por el tiempo y que son recordadas.

Las representaciones de la memoria colectiva de las comunidades, de un valorado pasado que forma parte de los pueblos y que moldea su identidad, la cual se materializa sea de forma escrita o verbal en los mitos y leyendas y, en otros tiempos. Por su parte, Arcila Farías (2010, p.3), señala lo siguiente:

Recuerdo e Historia son una misma cosa, aunque no absolutamente idénticas, porque la Historia existe por sí misma, independientemente del recuerdo, en cambio el recuerdo no se concibe sino como historia. Digo que la historia existe por sí misma, porque ... son los hechos en sí. Si los hechos son olvidados no por eso dejaron de suceder.

En síntesis, es la integración de la visión de historia que retoma los eventos significativos del pasado y del presente para la construcción del porvenir, en un escenario de participación que

involucra a todos sus actores y mediante estrategias que harán posible su sistematización.

Concebida así la historia busca, entonces, iniciar un viaje a través de las vivencias de cada rincón del país. Por otra parte, comienza a escribirse mediante reglas rígidas y precisas, consideradas entonces como elementos indispensables para distinguir y separar el conocimiento especializado del campo científico.

Desde aquellos años, la historia escrita fue acumulando una serie de elementos analíticos para la sociedad, prestados de muchas otras ciencias como son la economía política, la demografía, la geografía, la antropología y la psicología, por nombrar algunas.

Esto último, ha transformado la concepción de la historia de una simple narración de acontecimientos políticos, para entenderse en términos de un conjunto de conocimientos integradores y reflexivos más amplios.

El desarrollo social y crecimiento de la población también influyen en esta forma de escribir lo pretérito. Con el paso del tiempo la historia crece en información, pero también lo hace en profundidad, pues la vida social tiende a ser cada vez más compleja y así las maneras de abordarla.

De este modo, en la historia escrita interviene, de manera significativa, la persona que la escribe, así como los elementos éticos y teóricos sobre los cuales se apoya para hacer su trabajo. Por eso, toda historia escrita es susceptible de ser revisada, extendida, cambiada y hasta desincorporada, cuando los cambios sociales lo ameriten.

Con los elementos expuestos, la escritura de la historia es el resultado de un proceso de investigación que conjuga un cuerpo de principios teóricos con métodos, técnicas y procedimientos que muestran el pasado de un grupo social para fundamentar su presente y proyectar su porvenir.

Antes que nada, sobre la premisa de la flexibilidad o susceptibilidad al cambio. Actualmente,

se pretende hacer la historia escrita reflejando el desarrollo integral (endógeno, económico, social y cultural) de las comunidades a través de la identificación de los individuos con su entorno inmediato, utilizando como elemento fundamental la investigación colectiva del pasado de ese ambiente.

El resultado se ha denominado hoy día como historia patria, por ser la historia del espacio afectivo más próximo donde el individuo nace, vive y muere. En segundo lugar, surge la idea del reconocimiento de las historias locales para la planificación social del conjunto nacional.

En las ciencias sociales como la economía o la sociología, por ejemplo, se reclama la construcción de conocimientos precisos sobre la composición del territorio, considerándose que es en la historia local desde donde se puede ofrecer esa gama de datos requeridos por los proyectos sociales.

Por último, el conocimiento de los cambios acontecidos en una comunidad a lo largo de su historia, así como sus necesidades y recursos

resulta significativo para sí misma, esto por dos aspectos.

Por un lado, porque se relaciona con el “diagnóstico” de sus problemas sociales, paso indispensable para poder solucionarlos y, por otro, porque el conocimiento de la historia refuerza la identidad de la gente con su entorno, lo cual posibilitará decisiones y acciones mejor coordinadas y provechosas para el bien común.

Historia regional

No puede haber una historia de Venezuela sin atender su origen, desarrollo e interrelación de todas sus comunidades, que son precisamente las que posibilitan la existencia de una región y un país. La historia local es aquella de acuerdo con Rivas (2009, p.89) “que remite al pasado de las localidades, sean parroquias, barrios o urbanizaciones, ofreciendo un panorama de las motivaciones, individuales y colectivas, de un gran valor para el conocimiento, cultivo y uso de la población en general”.

Un rasgo característico de este tipo de historia es que se sirve de fuentes de tipo oral y, particularmente, provenientes de las comunidades, lo cual le confiere un contenido afectivo de gran valor por ser, precisamente, la experiencia subjetiva de sus habitantes.

La importancia de la historia local reside en el hecho de ser fuente de diagnóstico de sucesos muy especiales para las comunidades que se traducen en un cúmulo de conocimiento afectivo capaz de fortalecer la identidad de la comunidad, la integración de sus miembros y las acciones tendientes al desarrollo de su entorno inmediato.

Para apropiarse de la historia local es necesario aproximarse a un objeto de estudio, fenómeno o realidad particular de un modo sistematizado, riguroso que abarca y subyace a toda forma de investigación científica, a fin de encontrar la verdad sobre lo estudiado y divulgarla al público.

Sin embargo, al hablar de la construcción de la historia regional se privilegia el carácter histórico,

contextual, cambiante y constructivo de la realidad social, sirviendo de una serie de herramientas metodológicas que han de ser vistas, más que como pasos firmes e irremplazables, como guías o lineamientos de investigación sujetos a las condiciones del contexto y a los intereses y necesidades de los actores involucrados a lo largo del proceso.

Visto así, el articulado de la Constitución de la República Bolivariana de Venezuela (CRBV 1999) y los postulados de la teoría del aprendizaje constructivista, permiten que surja la historial regional como una propuesta metodológica. Por consiguiente, el análisis de la realidad social histórica, en un tiempo específico, con la cual pretende estudiar esa localidad, sus cambios, transformaciones, enmarcadas a su vez con la realidad social, nacional y mundial.

Como lo afirma Medina (1986, p.278) “las historias regionales cumplen con las funciones de mantener la vinculación de los hombres con sus

raíces, con su historia de vida cotidiana”. En correspondencia con lo descrito, la concepción didáctica desarrolladora y contextualizada que se asume en el modelo de escuela primaria, posibilita al docente la utilización de la historia local con un enfoque integrador en el proceso educativo que conduce. Estos se concretan de acuerdo con Fajardo (2010), en:

- Precisión de los elementos de la historia regional que pueden conducir al desarrollo de la identidad local en los estudiantes

- Selección del sistema de conocimientos, a partir de los elementos de la historia local identificados y su relación con los rasgos de la identidad cultural.

- Selección de las asignaturas y temáticas por grados que posibiliten la inserción de los nuevos contenidos.

- Derivación de objetivos, teniendo en cuenta la contextualización de las condiciones de la escuela, la familia y la comunidad en la proyección de las

actividades, para la incorporación de estos contenidos al sistema de clases de las asignaturas seleccionadas.

-Establecimiento de la relación entre el objetivo de la clase, el contenido y los rasgos de la identidad cultural a desarrollar, teniendo en cuenta las propias vivencias de los estudiantes, experiencias, sentimientos, motivaciones e intereses en la apropiación de los conocimientos.

-Determinación de los métodos y las fuentes más adecuadas que propicien el protagonismo de los estudiantes en el proceso de apropiación del conocimiento y los rasgos de la identidad cultural a lograr.

Las exigencias metodológicas y los procedimientos didácticos propuestos constituyen una guía a utilizar por el docente para la utilización de la historia local como recurso educativo, a partir de su relación con la identidad cultural, objetivo formativo integrador de valores.

Esta relación convierte a la historia local en un contenido que integra las acciones de la labor educativa, lo cual permite abordarla desde diferentes asignaturas del currículo y abarcar todos los grados, año o niveles.

Por ello, la educación de la historia local y los fundamentos que le sirven de sustento, revela la tendencia a la integración de las actividades que se deben desarrollar en el proceso educativo y la necesidad de proponer alternativas que relacionen de forma más coherente el proceso de mediación-aprendizaje con las actividades extra docentes.

No obstante, el análisis de la literatura científica sobre la historia local demuestra la tendencia a concebir su utilización como medio pedagógico en el proceso de aprendizaje de la historia y desde allí potenciar su influencia sobre la educación integral de la personalidad de los estudiantes.

Esta tendencia permite confirmar que su contenido puede contribuir a la integralidad del

proceso educativo, si se inserta a partir de objetivos formativos de la institución como el de desarrollar los rasgos de la identidad cultural en los estudiantes.

Identidad local

La flexibilidad del modelo educativo venezolano ofrece la posibilidad de incorporar nuevas alternativas, que contribuyen a su fortalecimiento de acuerdo con los diferentes contextos en que este se desarrolla. Estas son condiciones favorables que permiten la utilización de las potencialidades de la identidad local con propósitos más integrales y su desarrollo como un sentimiento esencial en la formación de la personalidad de los estudiantes.

Visto así, cada localidad tiene sus tradiciones y costumbres, que responden al modo de vida, la forma de pensar, el baile, la música, el lenguaje, sus valores y convicciones. Las identidades se construyen, pero no de la nada ni de manera definitiva. Los materiales de construcción de las

identidades locales se encuentran en la historia y el entorno.

Las identidades se construyen en contextos históricos cambiantes y en relación con el entorno y los otros. Por lo común, se considera que el hecho de haber nacido en un lugar le da a la persona, además de identidad, ciertos derechos. Pero, para los promotores de la identidad regional, también implica ciertos deberes, con respecto a ese lugar.

Por consiguiente, la identidad local para Montero (2010, p.12) es “una construcción dinámica y sociohistórica que realiza la gente de manera comunal. La recreación y conocimiento de la historia necesariamente reconstruyen la Identidad”. A este concepto se agrega lo que señala el Diccionario de la Lengua Española (2009, p.12), “que significa porción de territorio determinada, definida por características geográficas e histórico-sociales”.

De este modo, las identidades locales se crean en la memoria, experiencia y convivencia cotidiana, donde se negocian, se fijan y se practican en la

situación de límite. Por ello, se podría entender como una combinación de espacios, recursos tanto naturales como humanos y redes, que repercute de manera importante en la vida de los habitantes.

Al mismo tiempo, Del Prado (2009, p.16) advierte que la identidad, local “es parte de la tradición histórica como fuente de valores morales, implícita en nuestra cultura, presente en la vida cotidiana y en el comportamiento social ... revelador de las obras artísticas y literarias que contribuyen a enriquecer el patrimonio más auténtico”.

De este modo, el contenido de identidad local debe ser seleccionado a partir de su relación con la identidad cultural como objetivo formativo integrador de valores, que sea utilizada para establecer el vínculo entre el proceso de aprendizaje y las actividades docentes. Además, debe ser abordada desde todos los grados de la escuela, y desde varias asignaturas de acuerdo con las potencialidades de sus contenidos.

Las identidades sociales y urbanas, ya sean individuales o colectivas parten de un entendimiento e historia con el espacio; una persona nace, vive, experimenta e inclusive trabaja y muere en un mismo espacio, y algunos casos trasciende a otros lugares, donde también experimenta diversos lazos que lo hacen ser único, y a la vez parte de un todo.

La identidad local, según Pensado (2008, p.17) es:

...la identidad que el sujeto aprehende de la percepción comunitaria de su espacio, en donde el lugar se mantiene al paso del tiempo como vínculo que permite el desarrollo de formas particulares de sociabilidad, actividades comunitarias, la creación y recreación de una memoria colectiva...

Entonces, este concepto de la identidad local se sitúa en el espacio, donde los diferentes actores sociales, tienen una forma particular de crear y desarrollar redes sociales, a partir de la sociabilidad, no es raro que para muchas de las personas que ahí conviven, el espacio sea acogedor, a partir de las

actividades comunitarias y no será el único grupo de actores que sientan y perciban así el espacio.

Mientras que la región se presenta como un espacio intermedio, de menor extensión que la nación y de la civilización, pero más vasto que el espacio social de un grupo y una localidad. Esta integra los espacios vividos y sociales confiriéndoles un mínimo de coherencia y de especificidad. Del texto anterior se desprende que la identidad local, sería una concepción mucho más grande y extensa en el sentido de la percepción espacial de los actores.

III. FORMACIÓN PARA LA IDENTIDAD LOCAL

El objetivo del capítulo es establecer las bases teóricas para la formación de la identidad local, permitiendo que el estudiante reconozca, valore y se apropie de los elementos culturales, históricos y sociales de su entorno inmediato.

La idea es configurar una conciencia territorial que parta del **territorio como espacio vivido**. Se pretende que el participante deje de ver su entorno como una simple delimitación geográfica y comience a interpretarlo como un escenario de relaciones sociales, afectivas e históricas.

En este sentido, el territorio se convierte en el aula principal donde se reconoce la identidad propia y colectiva. Para darle sustento a esta visión, el capítulo se apoya en los **Fundamentos pedagógicos del ideario Robinsoniano**, rescatando la premisa de "inventamos o erramos", que es base de la pedagogía social que fomenta el pensamiento propio y la soberanía del conocimiento,

vinculando el aprendizaje directamente con las necesidades y potencialidades de la comunidad local.

Finalmente, este proceso se dinamiza a través de la figura del **Docente como mediador de la identidad**. Su rol trasciende la instrucción técnica para convertirse en un puente que estimula el autorreconocimiento del grupo, guiando la reflexión crítica y el rescate de la memoria histórica, asegurando que la formación sea un acto de compromiso con el destino común de la localidad

Territorio como espacio vivido

El concepto de territorio ha transitado un camino evolutivo que va desde la simple descripción física hasta su comprensión como un fenómeno social complejo. Tradicionalmente, se le ha visto como una porción de tierra delimitada por fronteras políticas; sin embargo, bajo una mirada pedagógica y sociológica, el territorio se define hoy como un espacio vivido.

Esta categoría, que rescata la subjetividad y la experiencia, plantea que el suelo no es solo un soporte material, sino un tejido de significados, afectos y memorias que otorgan sentido a la existencia humana y constituyen la base de la identidad local.

Entender el territorio como espacio vivido implica adoptar una visión geohistórica. Según esta perspectiva, el espacio es el resultado de un proceso histórico donde la sociedad se apropia del medio natural para transformarlo y, en ese acto, se transforma a sí misma. El paisaje, por tanto, no es estático, es un palimpsesto donde cada generación escribe su historia.

Para el habitante, un río no es solo una corriente de agua, sino un referente de subsistencia, un límite simbólico o un espacio de recreación que ha moldeado las costumbres de sus ancestros y las suyas propias. Esta relación dialéctica entre el ser humano y su entorno es lo que genera el arraigo necesario para la cohesión social.

Desde la pedagogía crítica y el pensamiento robinsoniano, la formación para el lugar se convierte en un imperativo ético. Simón Rodríguez instaba a "formar al ciudadano para el lugar que habita", lo cual resuena hoy con la necesidad de una educación lugarizada.

Al estudiar el territorio desde la vivencia, se rompe con la educación abstracta y descontextualizada. El estudiante deja de ser un receptor de datos geográficos universales para convertirse en un investigador de su realidad inmediata.

A través de la investigación-acción, la comunidad educativa puede mapear sus potencialidades, reconocer sus líderes populares y rescatar la tradición oral, convirtiendo el espacio cotidiano en un aula abierta donde se cultiva la soberanía intelectual.

Asimismo, la noción de espacio vivido introduce el concepto de topofilia, ese lazo afectivo que une al individuo con su entorno. En un contexto de

globalización que tiende a la homogeneización cultural y a la creación de no-lugares espacios sin historia ni identidad, la reivindicación del territorio vivido funciona como un mecanismo de resistencia.

La identidad local se fortalece cuando el sujeto reconoce que sus raíces no están en el vacío, sino en un suelo específico con una trayectoria histórica propia. El sentido de pertenencia no surge de un decreto, sino de la experiencia compartida en los espacios comunes: la plaza, la escuela, el conuco o la calle.

El territorio como espacio vivido es la piedra angular sobre la cual se edifica la identidad de un pueblo. No se puede defender lo que no se ama y no se puede amar lo que no se conoce profundamente a través de la vivencia. Formar en y para la identidad local requiere que miremos el territorio como el latido constante de nuestra historia y la plataforma desde la cual se proyecta el futuro.

Es, en esencia, la comprensión de que el territorio no es simplemente el lugar donde vivimos,

sino una parte indisoluble de lo que somos. Es fundamental trascender la visión del territorio como un simple contenedor físico o una demarcación administrativa. Debe entenderse como un constructo social, un tejido de significados y experiencias que se entrelazan en el tiempo y el espacio.

Tradicionalmente, el concepto de territorio ha sido confinado a las líneas frías de la cartografía y a las delimitaciones jurídico-administrativas que dictan dónde termina una jurisdicción y comienza otra. Sin embargo, desde una perspectiva humanista y pedagógica, se revela como un espacio vivido, un organismo dinámico, un lienzo de experiencias compartidas y la base material donde se ancla la identidad de un pueblo.

Entender el territorio como un espacio vivido implica reconocer que el suelo que pisamos no es un objeto inerte, sino un constructo social que respira a través de la memoria colectiva y la cotidianidad de sus habitantes. La noción de "espacio vivido" invita a

superar la geografía física para adentrarse en la geohistoria.

Esta disciplina orienta que el paisaje es, en realidad, un libro abierto donde el tiempo ha dejado sus huellas. Cada calle, cada río y cada plaza son el resultado de una dialéctica constante entre el ser humano y su entorno. El territorio no es solo el escenario donde ocurren los hechos históricos; es el protagonista silencioso que condiciona las formas de vida, las técnicas de producción y las expresiones culturales.

Por lo tanto, formar para la identidad local requiere, necesariamente, que el ciudadano aprenda a leer su entorno no como un espectador, sino como un habitante que se reconoce en las cicatrices y bellezas de su paisaje. Este vínculo afectivo con el lugar, que algunos autores denominan topofilia, es el motor del arraigo. Cuando el territorio se percibe como un espacio de vivencias, se transforma en un refugio de significados.

La identidad local no se construye desde la abstracción de los símbolos nacionales, sino desde la cercanía de lo inmediato: el aroma de la tierra tras la lluvia, el sonido del mercado local o la sombra de un árbol emblemático bajo el cual se han tejido historias comunitarias.

Es en esta cotidianidad donde el individuo desarrolla un sentido de pertenencia real, una conciencia de que su destino está indisolublemente ligado al bienestar de su entorno físico y social. Desde una perspectiva educativa transformadora, fundamentada en el pensamiento robinsoniano, el territorio como espacio vivido se convierte en el aula principal.

La máxima de "aprender desde el lugar" sugiere que la educación debe ser pertinente y situada. No se puede amar lo que no se conoce, ni se puede transformar lo que no se siente como propio. La investigación-acción en este contexto permite que los estudiantes y docentes se conviertan en cartógrafos de su propia realidad, identificando no

solo los problemas, sino también las potencialidades y los saberes ancestrales que residen en su comunidad.

Al investigar el territorio, se recupera la memoria local y se fortalece la soberanía cognitiva, impidiendo que la globalización homogeneizadora borre las particularidades que hacen únicos. Finalmente, asumir el territorio como espacio vivido es un acto de resistencia cultural y política.

En un mundo vez más digitalizado y propenso a los "no-lugares", reivindicar el valor del espacio físico y humano que se habita es esencial para la cohesión social. Por consiguiente, la formación para la identidad local debe, en última instancia, empoderar al ciudadano para que cuide, defienda y proyecte su territorio hacia el futuro. Porque, al final del día, el territorio no es el lugar donde estamos, sino el lugar que somos.

Ideario Robinsoniano

El estudio de la identidad local y el arraigo territorial encuentra su base filosófica más sólida en

el pensamiento de Simón Rodríguez, cuya propuesta pedagógica trasciende la simple instrucción para convertirse en un proyecto de emancipación social.

El ideario robinsoniano no es una reliquia histórica, sino un paradigma vigente que propone que la educación debe ser el motor para la construcción de una identidad propia, alejada de modelos importados que no responden a la realidad del suelo americano.

No obstante, uno de los pilares fundamentales de este pensamiento es la máxima "inventamos o erramos". Como señala Rodríguez (2001) la originalidad no es un capricho, sino una necesidad de supervivencia política y cultural.

Para el autor, las instituciones y, sobre todo, la educación, deben adaptarse a las circunstancias del lugar y a las necesidades de sus habitantes. En este sentido, la formación para la identidad local es, en esencia, una práctica robinsoniana, ya que busca que el sujeto reconozca su entorno inmediato su

territorio vivido como la fuente primordial de su conocimiento y soberanía. La educación robinsoniana se fundamenta en la idea de "formar para el lugar".

De igual manera, el autor, criticaba duramente la educación abstracta que preparaba a los individuos para realidades ajenas, olvidando el contexto donde estos debían desenvolverse. Al respecto, la pedagogía crítica actual rescata este concepto bajo la premisa de la educación lugarizada.

Según Albornoz (2015) educar desde y para el lugar implica que los contenidos curriculares deben tener pertinencia social y territorial, permitiendo que el estudiante comprenda la geohistoria de su comunidad como el primer paso para entender el mundo.

Otro aspecto crucial es el binomio "aprender haciendo". Para el ideario robinsoniano, no existe una separación entre el trabajo manual y el intelectual. La formación de la identidad local se fortalece cuando el estudiante se involucra en la

transformación de su realidad a través de la investigación-acción.

Al investigar su historia, sus líderes populares y sus potencialidades económicas, el aprendiz no solo adquiere datos, sino que desarrolla una conciencia crítica sobre su papel en la sociedad. La escuela, bajo esta visión, deja de ser un recinto cerrado para convertirse en un centro de desarrollo comunitario donde se cultiva la identidad a través de la praxis.

Como señala Rodríguez (2001) la originalidad no es un capricho, sino una necesidad de supervivencia política y cultural. Para el autor, las instituciones y, sobre todo, la educación, deben adaptarse a las circunstancias del lugar y a las necesidades de sus habitantes.

En este sentido, la formación para la identidad local es, en esencia, una práctica robinsoniana, ya que busca que el sujeto reconozca su entorno inmediato su territorio vivido como la fuente primordial de su conocimiento y soberanía.

Esta "invención" implica descolonizar el saber, permitiendo que la comunidad valide sus propios procesos históricos y culturales. La educación robinsoniana se fundamenta en la idea de "formar para el lugar". Rodríguez (ob cit) criticaba duramente la educación abstracta que preparaba a los individuos para realidades ajenas, olvidando el contexto donde estos debían desenvolverse.

Según Albornoz (2015), educar desde y para el lugar implica que los contenidos curriculares deben tener pertinencia social y territorial, permitiendo que el estudiante comprenda la geohistoria de su comunidad como el primer paso para entender el mundo. Esta visión transforma la escuela en un espacio de resistencia contra la alienación cultural, donde el paisaje local se convierte en el texto principal de estudio.

El estudio de la identidad local y el arraigo territorial encuentra su base filosófica más sólida en el pensamiento de Simón Rodríguez, cuya propuesta pedagógica se convierte en un proyecto

de emancipación social. El ideario robinsoniano no es una reliquia histórica; es un paradigma vigente que propone que la educación debe ser el motor para la construcción de una identidad propia, alejada de modelos importados que no responden a la realidad del suelo americano.

Como señala Rodríguez (2001), la originalidad no es un capricho, sino una necesidad de supervivencia política y cultural. Para el autor, las instituciones y, sobre todo, la educación, deben adaptarse a las circunstancias del lugar y a las necesidades de sus habitantes.

En este sentido, la formación para la identidad local es, en esencia, una práctica robinsoniana, ya que busca que el sujeto reconozca su entorno inmediato su territorio vivido como la fuente primordial de su conocimiento y soberanía. Esta "invención" implica descolonizar el saber, permitiendo que la comunidad valide sus propios procesos históricos y culturales.

La educación robinsoniana se fundamenta en la idea de "formar para el lugar". Al respecto, la pedagogía crítica actual rescata este concepto bajo la premisa de la educación lugarizada. Según Albornoz (2015), educar desde y para el lugar implica que los contenidos curriculares deben tener pertinencia social y territorial.

Esta visión transforma la escuela en un espacio de resistencia contra la alienación cultural, donde el paisaje local se convierte en el texto principal de estudio.

La formación de la identidad local se fortalece cuando el estudiante se involucra en la transformación de su realidad a través de la investigación-acción. Al investigar su historia, sus líderes populares y sus potencialidades económicas, el aprendiz no solo adquiere datos, sino que desarrolla una conciencia crítica sobre su papel en la sociedad.

La escuela, bajo esta visión, deja de ser un recinto cerrado para convertirse en un centro de

desarrollo comunitario donde se cultiva la identidad a través de la praxis cotidiana.

Como indica la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL, 2016) la formación debe fomentar esta vinculación con la realidad social, permitiendo que el investigador-docente genere teorías situadas que respondan a las problemáticas de su propia región.

En conclusión, los fundamentos pedagógicos del pensamiento de Simón Rodríguez ofrecen la estructura necesaria para sustentar un modelo de formación que priorice lo local. El ideario robinsoniano invita a una pedagogía de la resistencia cultural, donde el conocimiento del territorio y la valoración de lo propio son las herramientas principales para combatir la homogeneización global.

Formar bajo estos principios es garantizar que las nuevas generaciones no solo habiten un espacio, sino que construyan un territorio con sentido de pertenencia, dignidad y visión de futuro.

El docente como mediador de la identidad

En el contexto de una educación transformadora y situada, la figura del docente trasciende la mera transmisión de contenidos técnicos para convertirse en un mediador de procesos socioculturales.

La mediación de la identidad local implica que el docente asuma un rol activo en el rescate de la memoria colectiva y la valoración del territorio, permitiendo que el estudiante se reconozca como un sujeto histórico con raíces profundas en su comunidad.

Este rol es fundamental para contrarrestar la alienación cultural y promover un sentido de pertenencia que impulse el desarrollo regional. La mediación de la identidad local en la educación contemporánea exige una transformación profunda en la práctica del docente, debe actuar como un mediador cultural que utiliza la innovación pedagógica para reconectar al estudiante con su realidad inmediata.

Esta mediación es un acto de "desobediencia epistémica" que prioriza lo local como centro de producción de conocimiento, convirtiendo el aula en un laboratorio de identidad y resistencia. Como mediador debe operar bajo lo que Freire (2005) denomina una "pedagogía del diálogo".

No se trata de imponer una visión de la identidad, sino de crear las condiciones para que el educando la descubra y la construya a partir de su propia realidad. En este sentido, el docente actúa como un catalizador que vincula los saberes académicos con los saberes populares y la geohistoria del entorno.

Según Castellano (2012) la mediación pedagógica es un proceso de acompañamiento que busca que el aprendizaje tenga una resonancia afectiva y cultural, transformando el aula en un espacio donde el territorio es el eje vertebrador del conocimiento. Desde la perspectiva robinsoniana, esta mediación se traduce en la formación para el lugar.

El docente tiene la responsabilidad de orientar la curiosidad científica del estudiante hacia las potencialidades de su propia región. Como señala la Universidad Pedagógica Experimental Libertador (UPEL, 2016), la práctica del docente debe estar imbuida de un compromiso social que permita la producción de saberes situados.

Esto significa que el mediador no solo forma en métodos de investigación, sino que educa a investigar "desde dentro" de la comunidad, utilizando la investigación-acción para que el proceso de conocimiento sea, simultáneamente, un proceso de reafirmación de la identidad.

Asimismo, la mediación de la identidad requiere que el facilitador posea una sensibilidad especial hacia la tradición oral y la microhistoria. Al incorporar los relatos de los cultores populares y los hechos históricos locales al currículo. No obstante, el mediador valida la cultura regional como una fuente de conocimiento legítima.

Esta acción pedagógica fortalece la soberanía intelectual y permite que el futuro profesional desarrolle una ética de compromiso con su suelo. El facilitador, en última instancia, es quien ayuda a "desvisibilizar" lo propio, permitiendo que el estudiante vea en su paisaje y en su historia local la base de su dignidad y su futuro.

El docente como mediador de la identidad local es un agente de cambio que utiliza la educación como una herramienta de liberación cultural. Su labor consiste en tender puentes entre la ciencia y la vida, entre lo universal y lo local, asegurando que el proceso formativo no desarraigue al individuo, sino que lo siembre con mayor fuerza en su territorio.

Además, solo a través de una mediación consciente y apasionada por lo propio, es posible formar personas que no solo busquen el éxito personal, sino la transformación y el bienestar de la comunidad a la que pertenecen.

La verdadera innovación en la mediación de la identidad radica en la capacidad del docente para

integrar metodologías disruptivas que vinculen el aprendizaje con la vida. Según Díaz-Barriga (2019) la innovación educativa no es el simple uso de herramientas digitales, sino la creación de ambientes de aprendizaje situados donde el estudiante enfrenta problemas reales de su entorno.

En este sentido, el mediador innova cuando traslada el proceso educativo fuera de los muros de la institución y lo inserta en el "territorio como espacio vivido", utilizando la Investigación-Acción Participativa (IAP) como la tecnología social más avanzada para el rescate de la memoria local.

El rol innovador del mediador implica asumir la geohistoria como una herramienta de formación. De acuerdo con Tovar (2006) la geohistoria permite entender el espacio como un producto social en constante construcción.

El docente innova al formar al estudiante para leer su paisaje no como un objeto inerte, sino como un libro de historia vivo. Esta mediación permite que el educando desarrolle una conciencia territorial,

donde la tecnología se ponen al servicio de la difusión de lo propio, por ejemplo, a través de cartografía social digital o repositorios de tradición oral, garantizando que la identidad local se proyecte con fuerza en la era global.

Por consiguiente, la mediación de la identidad se sustenta en lo que de Sousa Santos (2010) denomina "ecología de saberes". El mediador innovador es aquel que logra el equilibrio entre el rigor científico y el saber ancestral de la comunidad.

Esta mediación innovadora rompe la jerarquía tradicional del conocimiento, validando las experiencias de los cultores, campesinos y líderes locales como fuentes académicas legítimas. Al hacerlo, el docente no solo media en la formación de la identidad, sino que empodera al estudiante para que se convierta en un productor de conocimiento situado, capaces de resolver problemas específicos de su región con una visión robinsoniana de "invención o error".

El mediador de la identidad es un innovador social que utiliza la pedagogía para sembrar arraigo. Su labor es fundamental para que el estudiante en formación sea un agente de transformación consciente de su historia. La innovación, en este contexto, es el acto de volver a las raíces para proyectar el futuro, asegurando que la institución educativa sea un espacio donde la identidad local se celebre, se investigue y se fortalezca como la base de la verdadera soberanía nacional.

No obstante, los fundamentos pedagógicos del pensamiento de Simón Rodríguez ofrecen la estructura necesaria para sustentar un modelo de formación que priorice lo local. El ideario robinsoniano invita a una pedagogía de la resistencia cultural, donde el conocimiento del territorio y la valoración de lo propio son las herramientas principales para combatir la alienación.

Formar bajo estos principios es garantizar que las nuevas generaciones no solo habiten un espacio,

sino que construyan un territorio con sentido de pertenencia, dignidad y visión de futuro.

REFERENCIAS

- Albornoz, O. (2015). *La educación y el lugar: Una visión desde la geohistoria*. Editorial Universitaria.
- Bauman, Z. (2000). *Liquid Modernity*. Polity Press.
- Benjamin, W. (2008). *Tesis sobre la historia y otros fragmentos* (B. Echeverría, Trad.). Itaca (Obra original publicada en 1942)
- Burke, E. (2003). *Reflections on the Revolution in France*. Yale University Press. (Obra original publicada en 1790).
- Castellano, M. (2012). *La mediación pedagógica en la educación superior: Hacia una práctica transformadora*. Horizonte.
- De Sousa Santos, B. (2010). *Descolonizar el saber, reinventar el poder*. Trilce.
- Díaz-Barriga, F. (2019). *Estrategias docentes para un aprendizaje significativo: Una interpretación constructivista*. McGraw-Hill.
- Freire, P. (2005). *Pedagogía del oprimido*. Siglo XXI. (Obra original publicada en 1970).
- Giménez, G. (2005). *Territorio, Cultura e Identidad*. Consejo Nacional para la Cultura y las Artes.

Rodríguez, S. (2001). *Sociedades Americanas*. Biblioteca Ayacucho. (Obra original publicada en 1828).

Santayana, G. (1905). *The Life of Reason: Or, The Phases of Human Progress*. Charles Scribner's Sons.

Santos, M. (2000). *La Naturaleza del Espacio: Técnica y Tiempo, Razón y Emoción*. Ariel.

Tovar, R. (2006). *El enfoque geohistórico*. Universidad Central de Venezuela.

Universidad Pedagógica Experimental Libertador. (2016). *Manual de Trabajos de Grado de Especialización y Maestría y Tesis Doctorales*. UPEL.

TERRITORIO E HISTORIA EN LA FORMACIÓN DE LA IDENTIDAD LOCAL



**Denny Yulimar
Fernández Hernández**

Doctora en Ciencias
de la Educación
Docente UNERG

dennyfdez2015@gmail.com



Territorio e historia en la formación de la identidad local se presenta como un instrumento de emancipación pedagógica y social, diseñado para transformar la relación dialéctica entre el sujeto y su entorno. Estructurada en tres capítulos que abordan la geohistoria, la construcción del futuro desde la raíz regional y las bases didácticas del espacio vivido, esta obra desafía los modelos educativos tradicionales que desarraigan en función del éxito individualista. En su lugar, promueve una metodología donde la ciencia universitaria se abraza con el saber popular del campesino, el cultor y el cronista. El texto examina con especial lucidez la figura del profesor universitario como un mediador indispensable y catalizador de la grandeza oculta de las comunidades. Al conectar la historia con la cotidianidad, este libro se convierte en una lectura imprescindible para educadores y ciudadanos que buscan devolverle al sujeto el derecho a conocer, sentir y transformar el suelo donde se desarrolla su existencia.



ISBN: 978-980-456-102-3



9 789804 561023